

pero tenga usted presente que sólo hay una cosa de verdad en el mundo: la ironía. ¡Viva la ironía!

Y se puso el gabán que había dejado sobre una butaca.

—¿Conque volveré á ver á mi asesino? — preguntó.

—Cuando usted quiera. En su opinión de usted, es indudablemente culpable. ¿No es cierto?

—¿Quién sabe? — contestó Mortal.

Estrechó la mano á Mr. Dubois, y se alejó pensando en las palabras que acababa de pronunciar. ¡Viva la ironía! No podía menos de dejar asomar á sus labios un gesto de astucia al pensar en aquel Rambert á quien se acusaba de la muerte de Laverdac.

—¡Pobre diablo! — pensaba; y añadía arrojando una bocanada de humo. — ¡Cuántos hombres es preciso triturar para que sirvan de guijarros que den firmeza á la senda seguida! ¡Qué importa uno más ó menos! ¿Y qué sería de uno si se fuera á ocupar de los débiles y de los tontos? Vámonos al bosque.

VIII.

Clara Mortal.

Daniel Mortal vencía una vez más. Su audacia había salido siempre triunfante en las terribles batallas de su vida.

La noche del 1.º de Enero, Daniel volvió á su casa después de asesinar á Paul Laverdac. Subió á su despacho, y sentado ante la chimenea, leyó la carta arrancada al cadáver del hijo y escrita por él al padre diez años antes.

Con insolente confianza en sí mismo volvía á leer aquellas líneas, que tiempos atrás había escrito con fiebre, con verdadero terror.

Caballero — decía la carta, — he jugado, he perdido, y estoy dispuesto á pagar. Sólo pido á usted algunos días de crédito, y en tanto tendrá usted en esta carta el reconocimiento de una deuda sagrada, de una deuda de honor.....

—¡Imbécil! — pensaba Mortal. — Estas cosas no deben escribirse nunca.

—Pero es verdad — añadía — que se escriben cuando parece que el suelo se hunde bajo los pasos

de uno, cuando se pierde la cabeza. Se rescataría luego cada gota de tinta con un cuartillo de sangre. ¡Qué caros cuestan unos cuantos rasgos de pluma!

Y continuó leyendo la carta, que era larga y revelaba inquietud y timidez. Era la carta de un audaz que desespera.

Mortal enrojecía al pensar que había trazado aquellas palabras que entonces encontraba suplicantes.

—Estaba loco—se decía.

Aproximó el papel á la chimenea y lo dejó caer en la llama. Cuando se hubo quemado lo convirtió con las tenazas en un poco de ceniza.

No pudo menos de pensar que por aquellas cenizas había matado á un hombre, pero no sintió por ello melancolía ni disgusto. Lo hubiera creído inútil.

Sólo le preocupaba aquel otro hombre que se había presentado ante él tan bruscamente y se había colocado amenazador delante del cuerpo de Laverdac como para vengar su muerte. Lo pasado le era indiferente, pero no dejaba de inquietarle algo para el porvenir la intervención de aquel desconocido. Al día siguiente se tranquilizó al leer en los periódicos el relato de la detención de Noel Rambert, el asesino de Paul Laverdac.

Los detalles que daba la prensa acerca del asesino y del modo de cometer el crimen, le hicieron sonreír.

—¡Vaya si se han informado bien estas gentes! —pensaba— ¡Hay para volverse escéptico!

No había visto aún á Clara.

Ésta había vuelto á pie al hotel la noche anterior y se había acostado, sacudida por la fiebre, pero tranquila y orgullosa de haber conjurado el peligro que amenazaba á un hombre, cuya melancólica mirada la había impresionado un poco.

Se despertó aliviada; era ya bastante tarde, y mandó que rogasen á Mortal que pasara á verla; pero Daniel había salido ya después de almorzar con apetito.

Clara esperó á la noche para decirle frente á frente, con la violenta alegría del odio satisfecho y de la honradez vengada: «He arrancado de tus manos al hombre á quien intentabas herir.»

Daniel volvió muy tarde.

Clara le esperaba fatigada, cansada aún por las terribles emociones de la víspera. Estaba, además, algo inquieta y se preguntaba cómo no la habría escrito Laverdac dándole las gracias. Pero no dudó mucho. Acabó por creer firmemente que Paul se había salvado.

Cuando Mortal entró en su cuarto, Clara se levantó, y dirigiéndose á él con ironía profunda que pronto había de convertirse en terror,

—¡Y bien!—le preguntó—¿Acudió Mr. Laverdac á la cita?

—¡Laverdac!—dijo lentamente Mortal.

Y mirándola cara á cara y procurando introducir las palabras en su corazón como si fueran puñales.

—Mr. Laverdac—continuó—ha muerto.

Ella retrocedió aterrorizada; permaneció un momento muda, mirando á Mortal como si no le hubiera comprendido, y luego con gesto de horror,

—¡Ah!—exclamó—¡Tú le has matado! ¡Tú le has matado!

—¿Yo?—dijo él.

Y sacando un periódico y desdoblándole, continuó:

—Mr. Laverdac ha sido asesinado esta noche por un hombre que se introdujo en casa de monsieur Garnier con objeto de robar.

—¡Asesinado!

—Lee, lee, querida. Lo que te cuento es el tema de todo París á estas horas.

Clara tomó el periódico, pero sus ojos no veían. Sólo percibía á través de aquellas líneas blancas

y negras una palabra que la hacía estremecer: *Laverdac*. No comprendía más que una cosa; que no había logrado salvar á aquel desgraciado; y en aquella terrible desaparición de sus esperanzas sólo le asaltaba una acusación: la de que el asesino no era aquel desconocido, aquel ladrón de que hablaban los periódicos; era Daniel Mortal.

Quiso salir y cerciorarse por sus propios ojos de la atroz verdad, pero Daniel la detuvo. Pasó el día entero sentada ante la chimenea, presa de terribles pesadillas. La parecía ver constantemente el semblante mudo del difunto, muerto por causa de ella.

Tenía miedo.

Fué necesario que su doncella pasase la noche á su lado tendida en un diván, porque las tinieblas, esas sombras que inspiran un terror instintivo á los culpables, la hacían temblar como si ella lo fuese.

Su intranquilo sueño, sus constantes pesadillas, la conducían siempre al mismo resultado: que Mortal era el verdadero asesino de Laverdac. Lo notaba, lo veía claro, lo sentía así por una especie de angustia magnética.

Leyó en los periódicos todos los detalles del arresto de Rambert; pero todo aquello que para la

generalidad de las gentes, para los que no conocían el drama más que por los relatos de los gacetilleros, era evidente y acusador, parecía, por el contrario, perfectamente explicable á la pobre Clara.

Recordaba lo que había dicho á aquel obrero á quien había encontrado en los Campos Elisecs, á aquel pobre hombre cubierto de lodo, vagando como un perro arrojado de la casa en aquella noche húmeda y fría. El detenido por la policía junto al cadáver de Laverdac era indudablemente aquel mismo hombre; ella no podía dudarle. El desgraciado había cumplido su misión, había ido á la casita de Beaujon, había entrado en ella y allí le habían detenido después de consumado el crimen.

Esta primera suposición de Clara era perfectamente justa, lógica y verdadera. ¡Parece que las naturalezas honradas tienen la percepción inmediata de las situaciones y adivinan el bien y la verdad aun en la obscuridad de la duda! Pero producía tanto terror á aquella pobre mujer la idea de que aquel cuyo nombre llevaba había manchado sus manos en sangre; la causaba tan terrible sufrimiento y tanto disgusto, que poco á poco llegó á preguntarse si aquel harapiento desconocido no se habría aprovechado de sus mismas instrucciones

para sorprender y herir á Paul Laverdac solo y desarmado.

Esta idea la hizo estremecer aun más, porque consideró que si Laverdac había muerto á manos de aquel hombre, ella había sido, por decirlo así, la que había armado la mano del asesino.

Estas suposiciones, estas á cual más detestables alternativas, se agitaban en el cerebro de Clara, y la pobre mujer se preguntaba si podría resistir tan terribles dudas sin volverse loca.

Se decidió por fin á hacer el sacrificio mental de su existencia y de su reposo, y se propuso luchar frente á frente con Mortal.

—Veremos—se dijo—si en mi debilidad, en mi honradez ultrajada, no soy más fuerte que ese hombre, verdadera representación de la audacia y la maldad.

Resuelta á luchar, abordó la situación de frente. Se presentó á su marido y le dijo:

—No es el hombre á quien han detenido el que ha asesinado á Paul Laverdac. Has sido tú.

Á este nuevo ataque, Mortal trató de responder con su habitual ironía.

—Te agradezco, querida—la dijo—que pretendas tomar por un asesino al hombre cuyo nombre has aceptado.

—Bien sea que lo hayas matado en duelo, cosa que es probable, ó que le hayas asesinado traidoramente, lo que también es posible, juraría que ha muerto á tus manos.

—Afortunadamente para mí, el culpable está ya en poder de la justicia—replicó Mortal en el mismo tono irónico.

—¿Y quién me asegura á mí que ese sea el verdadero culpable?

—¡Por mi fe—exclamó Daniel—que eso es ya demasiado! Yo puedo consentir por una especie de ridícula debilidad que sospeches de mí, y hasta puedo perdonarlo en atención al trastorno que puede haberte producido tan inesperado y repentino golpe; pero no puedo soportar mucho tiempo esta estúpida y penosa inquisición. Mr. Laverdac ha sido asesinado. El presunto agresor ha sido preso. La obra de la justicia seguirá su curso, y yo te suplico, te exijo que dejes tus quiméricas sospechas y tus insultantes acusaciones hasta el día en que conozcas, en que conozcamos todos la incógnita que ahora busca el juez: la verdad.

No se dejó Clara desarmar por esta respuesta tan firme y tan expresiva. Estaba decidida á todo. Quería á toda costa saber, ó mejor dicho, tener una prueba de que lo que ella presentía era verdad.

—¿La verdad?—dijo fríamente.—Sea. Esa es la que yo busco también. Tengo la convicción firme, absoluta, de que el hombre á quien se acusa no es el culpable, y ¿sabes quién le envió á Beaujon? ¿Sabes quién le metió, por decirlo así, en el hotel en que la policía le encontró?

—Pues no es dudoso. La codicia, el deseo de robar.

—No ha sido ninguna de esas cosas—dijo fríamente Clara.—He sido yo.

—¿Tú?

—Yo, que encontré á ese hombre en los Campos Elíseos y le rogué, le supliqué que esperase á Laverdac, que le impidiese entrar en aquella casa, porque quería evitar á toda costa que os encontráseis allí.

—¿Tú has hecho eso?.... ¿Tú?....—exclamó Mortal, retrocediendo un paso.—Pues bien, si lo has hecho puedes acusarte de tener tu parte en el asesinato de Laverdac. Me parece evidente que al enviarle semejante mensaje le designaste con seguridad á su asesino.

A pesar de su rabia, era completamente dueño de sí mismo y no dejaba transparentar la violenta y rápida emoción que había sufrido. Pronunció estas palabras con voz tan lenta, tan metálica y tan

segura, que Clara llegó á dudar de sus presentimientos, transformados en convicción.

Daniel se aprovechó de aquel momento de duda. Comprendía, tenía instintivamente la seguridad que en cuanto reflexionase de nuevo, Clara volvería á alzarse ante él enemiga y amenazadora. Tenía el hábito de las decisiones prontas, y comprendiendo que todo dependía de este primer choque, quiso hacerse dueño de la situación. Era necesario. Se trataba no sólo de su felicidad personal, de esa dicha del hogar que nunca había él de volver á disfrutar, sino también de su seguridad y de su vida.

—Confesarás— continuó con tono despreocupado y astuto—que soy bien indulgente. Creo que me odias, que respondes al sincero y profundo afecto que te tengo con la más glacial frialdad, y no me decido á tomar una resolución. No seré tan cándido que te diga que sufro, pues por muy buena que seas, esto te causaría satisfacción, porque tengo observado que guardas tus bondades para los demás y que á mí me detestas. Paso por ello. Soporto esa frialdad, me resigno dolorosamente con ese odio.

A Dios gracias la naturaleza me ha dotado de la suficiente energía para resistir ciertos dolores. Pero lo que no puedo sufrir, te lo repito, Clara, es la

acusación imprudente y loca, es la calumnia, que enviaría directamente á un hombre á los tribunales si se le diese crédito. Sospechas de mí, sea. Ya reflexionarás y me pedirás perdón de tan odioso pensamiento. Pero quiero aceptar por un minuto tu abominable delirio. Figúrate que soy culpable, que tienes mi muerte en tus manos, que puedes librarme ó arrojar á la curiosidad pública el apellidado Mortal, que es el tuyo, y permíteme que te pregunte: ¿qué harías si tuvieras, no sólo la persuasión, sino la prueba de que Laverdac ha muerto á mis manos?

—¿Que qué haría?—dijo Clara con resolución glacial.—Te denunciaría.

—¡Cáspita! ¡Eres una verdadera matrona romana! Tal vez me tendieses el puñal suicida diciéndome: *Toma, Pactus, esto no hace daño.*

Entremos, si gustas, en la realidad. Necesitas la prueba de que el acusado es el asesino de Mr. Laverdac, necesitas esa prueba para que tu marido no sufra la injuria de verse acusado por tí. Pues bien, la tendrás.

—¿Y quién me la va á dar?—preguntó ella.

—El mismo. ¿Qué dirías si ese hombre reconociese que ha sido él, él solo, el que ha asesinado á Mr. Laverdac?

—¿Si él confesase?

—Sí. ¿Si confesase?

Clara no contestó. La seguridad de Mortal la desarmaba poco á poco.

Las noticias biográficas del obrero, publicadas por los periódicos, no eran muy satisfactorias por cierto. Era pobre, primer crimen; sus labios se habían ennegrecido en otros tiempos mordiendo el cartucho del insurrecto, segundo crimen. Era, en resumen, un reincidente del presidio. Clara no tenía motivos para conocer á Rambert, y con todos estos datos se estremecía, temblaba ante la idea de que Daniel hubiese dicho la verdad y de que el hombre de los Campos Elíseos fuese el único culpable.

Daniel sentía una expresión de cólera sorda, no exenta de miedo, en presencia de Clara, cuya resolución, por vacilante y debilitada que estuviese, gracias á sus respuestas, era aún temible.

Veía un peligro muy grande en tener por adversario á Clara, irritada, resuelta y dispuesta á sacrificarse.

La víspera del asesinato hubiera podido intimidarla; era entonces el amo de la situación. Pero aquella sangre vertida le ponía á merced de un grito dado por ella. Era, pues, preciso dejar la

violencia y apelar al engaño. Mortal estaba acostumbrado á estos dobles medios de ataque y de defensa.

La violencia podía ser funesta en aquellas circunstancias. Era, pues, preciso convencerla, hacerla dudar, persuadirla de que otro había cometido el crimen.

Sólo aquella mujer, su mujer, podía perderle.

Ante Clara sola había, por lo tanto, que defender su causa, que acusar al presunto agresor, que acumular sobre Noel Rambert todas las probabilidades, las fatalidades, que caían como un peso abrumador sobre la cabeza de aquel desgraciado.

Así es que la expresión *él confesará*, subió instintivamente á los labios de Mortal.

Podría contar acaso con la debilidad de Noel, con el poder aniquilador de la cárcel, con el cansancio del acusado. Pero no; no contaba con nada. Se había valido de aquella frase para dar fin á una escena amenazadora, porque sólo la confesión de Noel podía convencer á Clara. Si Rambert decía «he sido yo», ¿qué razón podría tener Clara para decirle que había sido él?

El instinto de las situaciones falsas y el arte contemporáneo de las tangentes servían admira-

blemente á aquel hombre. Encontraba, sin buscarla, la palabra, la mentira que podía salvar la situación y trocar los papeles.

—¡El acusado confesará!

Clara no podía continuar la lucha después de esta frase, y él triunfaba.

—¿Afirmas que confesará?—dijo ella.—Pues bien, esperaré á que confiese.

Y grave, resuelta, siempre con su frialdad amenazadora, se retiró, dejando á Mortal cara á cara con este pensamiento que en forma de problema asaltaba su cerebro:

—Es preciso que confiese.

IX.

Un hombre fuerte.

Clara permaneció en su cuarto sola, absorta y pensativa, en tanto que Daniel, febril y nervioso en extremo, pasaba revista á los más locos proyectos para llegar á este difícil resultado: ahogar las sospechas de Clara, y con las sospechas, el peligro.

Estaba doblemente turbado é inquieto, porque

no había mentido al recordar á Clara el amor que aun sentía por ella. Demasiado orgulloso para hablar claramente de semejante sentimiento á una mujer que le odiaba, había mezclado sus palabras de afecto con una especie de amarga queja; pero era lo cierto que no sólo se sentía aterrorizado por el súbito ataque del enemigo, sino doblemente herido y triste por encontrar tan temible é implacable adversario en la única mujer á quien había amado.

Era indudable que se había calmado su pasión de los primeros días, y que su loco orgullo le había llevado á oponer tan sólo astuta melancolía á los desdenes de Clara; pero aun conservaba en el corazón bastante despecho y bastante deseo para que el odio de Clara le hiriese cruelmente.

Convencido, pues, de que era preciso vencer á Clara por medio del engaño, pasó la noche siguiente en el casino jugando fuerte, pero poco atento á los azares del juego, y combinando en su cerebro una martingala más importante para él que las del tapete verde.

No volvió á su casa hasta por la mañana, se echó en un diván, durmió dos horas y se levantó ágil y casi alegre.

Llamó á su ayuda de cámara y se hizo afeitar, conservando tan sólo el bigote.